



EDICIONS DE CÀNEM

4 OCTUBRE - 5 DICIEMBRE de 2025
INAUGURACIÓN : 4 OCTUBRE 12h

MANUEL REY FUEYO S.T., 2002
Aguatinta Edició 30 exp 3 PA

La magia del taller

La campana del taller suena cuando alguien llama, abre o cierra la puerta. Es el primer paso, la bienvenida, después está la cristalera que hace que la luz lo envuelva todo, y el taller con su imponente tórculo, la mesa de trabajo y el banco para entintar, la pecera para que el ácido haga su trabajo en las planchas y la habitación en la que los secantes harán que las estampas descansen hasta el momento de la numeración y la firma.

Y después estamos nosotros, los innumerables artistas que hemos pasado por el taller para plasmar nuestro arte sobre las planchas de cobre, de zinc o de hierro. Y sí, está ella, Pilar Dolz, que con sus pequeñas manos saca lo mejor de cada uno de nosotros. Observarla mover con un simple golpe de muñeca los rodillos, es todo un arte, hacia delante y atrás, de izquierda a derecha para que la tinta se expanda, se haga líquida, se adhiera al rodillo y, más tarde, con suavidad penetre en las heridas de la plancha y, como ríos de tinta, la inunde toda.

El grabado tiene un poco de magia. Fue el mago Stanley Hayter, maestro de Pilar, quien se sacó del sombrero de copa, la técnica de impresión a color, o lo que es lo mismo, la estampación de una plancha grabada utilizando tintas de diferentes viscosidades aplicadas con rodillos de diferentes durezas y que, de este modo, no llegan a mezclarse. Magia y mucho oficio.

Pilar nos enseñó el arte y el oficio del grabado, de las viscosidades de las tintas, del respeto por el grabado. Por allá pasamos unos cuantos, cada uno de nosotros con nuestras manías. A cada cual nos iba bien una técnica, había exquitos, pulcros, para estos estaba el buril y la punta seca y la plancha de cobre. Después estábamos los más bestias y torpes que antes de empezar ya habíamos ensuciado las planchas y el taller, para nosotros era mejor que las planchas fueran de hierro o como mucho de zinc, y nos atrevíamos con el aguafuerte, la aguatinta. Grabábamos con azúcar, y era otro truco de magia ver como el azúcar mezclado con tinta china botaba, se desprendía de la plancha, dejando ese vacío para que el ácido comiera y más tarde la tinta entrará en aquel surco que había creado el azar.

Y después venían los papeles: Super Alfa, Arches, Guarro, Hontorinoko, Rives, Fabriano, Hahnemühle y tantos otros que nos volvían locos. Aquí era donde más se veían nuestras obsesiones. A cada uno de nosotros nos gustaba un papel diferente para la estampación. Es verdad que aquellos que se decantaban por la punta seca o por la aguatinta no necesitaban un papel con mucho de cuerpo, con poco gramaje la tinta penetraba y el dibujo era inmejorable, pero aquellos que castigábamos la plancha y buscábamos un cuerpo más grande en la estampa, nos teníamos que ir a un papel con más gramaje que soportará la presión del tórculo y el peso de las tintas.

Todo magia, como magia fue que durante 50 años el taller de Pilar se convirtiera en refugio de todos nosotros. Cincuenta años que dan para mucho, para muchas planchas, muchas estampas que todas juntas forman esta edición de Cànem galería, Ediciones de la Galería.

Y cuando llegas aquí, y ante ti pasa toda una vida, una vida de arte y precisión, de magia y oficio, de memoria de todo aquello que se gestó en aquel taller abierto a la contemporaneidad, a la innovación y al aprendizaje, porque fuimos muchos los que pasamos por el taller a dibujar las planchas con líneas y manchas. Jugamos como niños y aprendimos a conocer un arte que habíamos visto en Durero y Rembrandt, Goya, y también en Picasso, Miró y Tàpies, pero del que desconocíamos su poder de persuasión, su fuerza, su poética y, cómo no, su magia. También nosotros, por algunas horas, fuimos magos y conocimos un oficio que nos ayudó a crecer como artistas.

Vicent Carda

Septiembre 2025